

mil infiernos y no de hacer obras tales; mas, vencido de sus instancias, les decia que confiasen en Dios, y poniéndoles las manos y haciendo la señal de la cruz, sanó á tan copioso número, que no podremos contarlos, entre los cuales fueron los siguientes:

Al capitan Rodrigo Troncoso, de un humor pestilencial que le tenia á peligro de muerte sin dejarle respirar; á un niño de pecho que padecia gravísimas calenturas, sin poderle hacer remedios; á un esclavo muy enfermo de pasmos y apretura del pecho, que no le dejaba respirar; á Antonio Coello Oliveira, tan al cabo de la vida, que tenia hecho testamento y recibidos los Sacramentos de la Iglesia; y, poniéndole las manos, le resucitó como de muerte á vida; á Andrés Rosa, apretado de recias calenturas; al capitan Antonio Correa, apretado de dolores de muerte; á otra mujer de un ciudadano, desahuciada de los médicos; á un Padre de nuestro colegio, que se llamaba Francisco Madrid, estando ya oleado, le dió la vida milagrosamente; á dos Hermanos nuestros, Andrés Martinez y Manuel de Moura, asimismo muy enfermos; al capitan Antonio de Acevedo y á la mujer de otro capitan Juan Antonio; á otro alférez, muy enfermo y á un hijo suyo que estaba en la cama con él, tocándolos con su mano; tambien al Licenciado Manuel de Vasconcelos, el cual cobró del Padre tan gran concepto, que estando ausente y afligiéndole gravísimos dolores, tomó un poco de tierra que habia pisado el P. Almeida, y la aplicó con grande fe á la parte doliente, pidiendo á Dios salud por sus merecimientos, y luego se le aplacó el dolor y quedó bueno. Cosa digna de admiracion que sea tan de participantes la virtud de un siervo de Dios, que hasta la tierra que pisa la reciba para dar milagrosa salud á los enfermos, siendo la cosa más vil y de ménos estimacion que tenemos.

Estas y otras muchas maravillas obró Dios en los últimos años de su edad por el bendito P. Juan de Almeida, las cuales están probadas en informaciones auténticas, hechas por los Ordinarios en la ciudad de Riojaneiro.

XIV

Su dichosa muerte y exequias funerales, y milagros despues de ella.

Llegóse el año de mil y seiscientos y cincuenta y tres, y el tiempo en que el siervo de Dios habia profetizado su muerte, que tan deseada tenia, para unirse perfectamente con su Dios en la bienaventuranza, y comenzó á amenazar ruina la fábrica de su cuerpo, con una pedrada que, sin saber de qué manovino, le dió en la cabeza, y se la abrió, y le derribó en el suelo, caminando por la calle á confesar á un enfermo.

Corrió mucha sangre de la herida, la cual recogieron á porfía por preciosa reliquia los que se hallaron presentes, y Dios obró por ella algunos milagros: y no fué el menor el valor que mostró el bendito Padre; porque, como esforzado capitan, que herido en la guerra no vuelve las espaldas; atándose la herida, prosiguió su camino, confesó al enfermo, y despues volvió á casa, anteponiendo la salud espiritual de su prójimo á la corporal propia.

Aunque le curaron, como la edad era tanta, siempre quedó flaco y como muro atormentado, que amenaza ruina; á lo cual se juntó la batería que él se daba de disciplinas, ayunos, cilicios y vigalias, sin remitir enfermo las ásperas penitencias que usaba sano, de manera que, gastado y consumido, le dió un accidente á los doce de setiembre, que le privó de los sentidos.

Hiciéronle varios remedios, con que mejoró algo; pero sobrevínole recia calentura, que poco á poco le fué consumiendo las fuerzas, hasta que á los veinticuatro del dicho mes dió fin á esta frágil vida, para comenzar la eterna.

Fué cosa muy notada que, faltándole el sentido exterior, no parecia que le faltaba el del alma, porque no cesaba de hacer coloquios con Dios, y decir oraciones jaculatorias, y levantar las manos al cielo con ternísimas palabras, brotando aquellas centellas del fuego divino que ardia siempre en su pecho: y lo que admira más es, que continuó las penitencias en la cama, y el día ántes de su muerte le halló el enfermero tomando una recia disciplina, que á no quitársela, era cosa muy probable acabar con ella la vida; tal hábito tenia hecho á las penitencias y mortificaciones, que vino á morir con ellas, como buen soldado con la espada en la mano.

En divulgándose su enfermedad vino toda la ciudad á verle, llorando y clamando por su santo Padre, pidiéndole su bendicion, y besándole la mano, y tomando alguna cosa de sus pobres alhajas, de sus cartas y escritos por reliquias, como de Santo. Sangraronle una vez, y los más poderosos, tiñeron lienzos con la sangre, y la llevaron y guardaron con grande veneracion, y Dios obró por ella muchos milagros.

En los doce días que estuvo enfermo, no cesaron de enviar Rosarios, cruces, medallas y cosas de devocion que las tocasen al santo Padre, el cual murió con la paz que habia vivido, recibidos los Sacramentos de la Iglesia, el año de mil y seiscientos y cincuenta y tres, á veinte y cuatro de setiembre á las once y media de la noche, siendo de ochenta y dos años, y teniendo sesenta y uno de religion, lleno de merecimientos, con opinion y aclamacion de santo, confirmada con la santidad de su vida, y la multitud y grandeza de sus milagros.

No hubo bien amanecido, cuando en oyendo clamorear en nuestra casa, tocaron todas las campanas de la ciudad, correspondiendo á las de nuestro

colegio, al cual vinieron luego, sin ser llamados, los Cabildos Eclesiástico y seglar, Gobernador y Vicario, los generales y capitanes, y todas las religiones: cerráronse las tiendas, y vinieron todos los oficiales á ver y venerar á su universal bienhechor y amado Padre, y á pretender alguna de sus reliquias para su consuelo.

Tomóse por arbitrio enterrarle luego, temiendo el tumulto del pueblo y más si venia la gente de las aldeas: pusieronse guardas armados para defender el santo cuerpo, y con toda la pompa y solemnidad imaginable, le sacaron á la iglesia con el rostro tan hermoso, que parecia un ángel.

La gente daba alaridos por llegar á tocarle, y para satisfacer á su deseo se pusieron junto á él algunos religiosos, que tocasen á sus manos y rostro las cuentas, lienzos, coronas y medallas que les daban.

Hízose el oficio con grande solemnidad de música, cera y aparato, y cuando le quisieron levantar para la sepultura, fué tal el alarido de la gente, que movidos de una santa piedad, se metian por las picas y alabardas para detenerle, lo cual visto por los gobernadores, pidieron á los Padres del colegio, que le dejasen en la caja hasta la noche, para satisfacer á la devoción del pueblo: así se hizo, remudándose las guardas, entrando unos y saliendo otros á besarle la mano, y despedirse con lágrimas de su amado Padre.

Sacóse un retrato de su rostro, de que los demás se han copiado, y llegada la noche, le enterraron en lo alto del presbiterio, en una caja de cedro, al lado de la epístola, donde no sea pisado en la tierra el que pisa las estrellas en el cielo. Dios le ha honrado con muchos milagros al paso que se humilló viviendo, de los cuales referimos algunos brevemente, que están probados jurídicamente en las informaciones que hicieron los Ordinarios.

La viuda de Manuel de Conto, ciudadano del Riojaneiro, molestanda de un penoso lobanillo que le nació encima de un ojo, no pudiendo curarle con muchas medicinas, aplicándole un pedazo de lienzo teñido de la sangre del Padre Almeida, sanó instantáneamente, quedándole sola la señal para testimonio del milagro.

Domingo Gonzalez Viana, muy enfermo de asma, con dolores y calenturas, perdidos los sentidos sin poder hablar ni moverse en la cama, aplicándole un pequeño pedazo de la camisa del P. Almeida, volvió á sus sentidos y quedó del todo sano.

Juan Ferreira Coutiño, Sacerdote, estaba á la muerte de un flujo de sangre, que con ningunas medicinas se pudo restañar; aplicáronle un lienzo que estuvo sobre el rostro del P. Almeida amortajado, y luego cesó, y quedó milagrosamente sano.

Poniendo el mismo lienzo sobre la cabeza á una criatura de un año, enferma de ardientes calenturas y temblores de cuerpo, sanó instantáneamente á vista de muchos que se hallaron presentes, entre los cuales fué el médico que la tenia en los brazos y le aplicó el paño.

A Beatriz de Aguiar, matrona noble, le dió de repente un accidente que la privó de los sentidos y de poderse confesar. Aplicáronle unos cabellos del P. Almeida, y luego volvió en su acuerdo, y recuperó el habla, y quedó sana.

El barbero que sangró al P. Almeida, guardó la cinta con que le habia ligado, y con ella sanó á un hijo suyo de vehementes dolores de cabeza, atándosela con ella: con la misma sanó de semejantes dolores, aplicándosela á la cabeza, á otros cuatro que se nombran en la informacion citada.

Gonzalo Ribero, ciudadano de Riojaneiro, padecia gravísimos dolores de cuerpo, y no hallando remedio humano, aplicó á la parte lesa un pedazo de orillo, que guardó por reliquia del P. Almeida, y luego al punto estuvo sano.

Diego Coello de Albuquerque padecia asimismo gravísimos dolores de cabeza, púsose una escofia que habia usado el P. Almeida, y luego sin más tardanza se halló bueno y sano.

Ignacio de Abreu, llegó á pique de muerte por una espina que se le atravesó en la garganta, y aplicándose unas cuentas que habian tocado al cuerpo del Santo Padre, la echó luego. Y lo mismo le sucedió á una doncella que se atravesó otra espina, y con un pedazo de lienzo del P. Almeida quedó buena.

Otros dos hijos de un ciudadano de S. Pablo sanaron asimismo de recias calenturas, aplicándoles un pedazo de paño de la vestidura del Padre. Con el mismo paño sanó Manuel Ferreira de una peligrosa asma y apretura de pecho que le acababa, y lo mismo fué tocarle, que sanarle.

Una esclava de D.^a Isabel Ribeira, desahuciada de los médicos, aplicándole el mismo paño, quedó buena. Un niño de pecho, hijo de otra esclava, estando casi muerto, le pusieron sus amos con grande fe sobre la cabeza un catecismo que usaba el P. Almeida, y luego volvió el niño en sí, y tomó el pecho, con igual admiracion y consuelo de todos.

Estos y otros muchos milagros obró Dios por las reliquias é intercesion de su siervo despues de su muerte, los cuales están probados con muchos testigos en las informaciones referidas, y nosotros los dejamos por brevedad.

Todos son testigos de su grande santidad, y el mayor es su admirable vida adornada de altísimas virtudes, las cuales debemos imitar; pidamos á Dios por sus merecimientos, nos dé gracia para seguir sus pisadas y copiar en

nuestras almas sus admirables ejemplos, para que merezcamos gozar en su compañía de Dios en el cielo.

Su vida como dijimos, escribió copiosamente su Provincial el P. Simon de Vasconcelos en ocho libros en lengua Portuguesa, impresa en Lisboa año de mil y seiscientos y cincuenta y ocho, y más breve el P. Enrique Moro en la *Historia de la provincia de Inglaterra*, lib. 10, número último.

P. ANDRADE.

FIN DEL TOMO III

ÍNDICE

MISION DE FILIPINAS

Páginas.

P. Antonio Sedeño	7
P. Nuño Riveyro.....	13
P. Alonso de Castro	15
P. Juan Beira	25
P. Pedro Mascareñas.....	27
P. Raimundo de Prads.....	34
P. Juan del Campo.....	57
P. Francisco Almerique.....	59
P. Francisco de Otazo.....	63
Agustin Sancri, Donado de la Compañía de Jesus.....	68
H. Francisco Bautista Hiberno.....	78
P. Diego de Saura.....	82
P. Lorenzo Massonio	113
P. Francisco de Encinas.....	131
P. Alonso de Humanes.....	133
P. Juan del Carpio.....	161
P. Valerio de Ledesma	164
P. Bartolomé Sanchez	170
H. Juan de Ballesteros.....	179
P. Francisco Paliola	105
P. Juan del Campo.....	107
P. Miguel Ponce.....	205
P. Vicente Damian.....	210
P. Pedro de Espinosa.....	216
P. Alejandro Lopez	236
P. Juan de Montiel.....	274
P. Estéban Jaime	281
P. Francisco Colin.....	286
P. Juan Bautista de Larrauri.....	309

MISION DE MÉJICO

P. Pedro Martinez	317
PP. Juan Bautista Segura y Luis de Quirós, con otros Mártires de la Compañía.....	321
P. Gonzalo de Tapia.....	325
P. Martin Perez.....	330
H. Francisco de Castro	339